

TERCER SEMINARIO
LECTURA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

¿Extinción o transfiguración del lector?

ELSA M. RAMIREZ LEYVA
Compiladora



LB1049.95 Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro (3 : 2008 : México, D.F.)
S45 ¿Extinción o transfiguración del lector?: Memoria del
2008 Tercer Seminario Lectura : pasado, presente y futuro, del 21 al 24 de noviembre de 2005 / comp. Elsa Margarita Ramírez Leyva.- México : UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2008.
175 P. - (Sistemas Bibliotecarios de Información y Sociedad)
ISBN: 978-970-32-5458-3

1. Lectura - Congresos I. Ramírez Leyva, Elsa Margarita. comp. II. t. II. ser

Diseño de portada: Mario Ocampo Chávez

Primera Edición 2008
DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN: 978-970-32-5458-3

Contenido

PRESENTACIÓN.	1
CONFIGURACIONES Y TRANSFIGURACIONES BIBLIOTECARIAS DEL LECTOR EN LA MODERNIDAD.	17
Didier Álvarez Zapata	
LA LECTURA EN EL HORIZONTE DE LA COMUNIDAD.	37
Héctor Guillermo Alfaro López	
LEER PARA VIVIR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE.	53
Michèle Petit	
EXTINCIÓN Y TRANSFIGURACIÓN DEL LECTOR.	79
Elsa M. Ramírez Leyva	
MANDATOS DE LECTURA PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES.	111
Juan Domingo Argüelles	
LAS VARIACIONES DEL MEDIO IMPRESO Y EN LÍNEA EN LOS MODOS DE APRENDER.	127
Carmen Patricia de Aguinaga Vázquez	
EL LIBRO, ¿UNA IDEOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN?.	153
Margarita Palacios Sierra	
“ENTRE MÁS CAMBIAN LAS COSAS, MÁS SIGUEN IGUAL”: LA LECTURA Y EL PANORAMA GENERAL DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN DEL SIGLO XXI.	161
Klaus Schönbach	
QUE SE MUERAN LOS LIBROS. UNA MIRADA CRÍTICA A UN MUNDO DE LECTURAS VIRTUALES	169
Rodolfo Castro	
TAL VEZ SOÑAR.	183
Emilia Gallego Alfonso	

Leer para vivir en tiempos de incertidumbre

MICHÈLE PETIT

CNRS, Universidad de París I, Francia

Tuve el privilegio de haber sido invitada una vez más al seminario sobre Lectura y quisiera agradecer profundamente al Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB) de la UNAM, en particular a Felipe Martínez Arellano y a Elsa Ramírez Leyva por la confianza demostrada reiteradamente. Mi gratitud se dirige también a la Embajada de Francia en México, particularmente a Christian Moire, Agregado para el Libro, y a María Cristina Hernández Escobar, quien tradujo el texto de esa conferencia.

Parece que en sus años de liceo, el poeta Rimbaud leía atropelladamente, sin siquiera tonsurar las páginas de los libros que pedía prestados por una noche a un librero. Leía con “desenvoltura”, como se dice ahora, era un lector “soltado” o “salvaje”. Uno de esos “consumidores de libros” de los que el historiador Armando Petrucci, en la parte final de *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dice que se comportan “de manera desordenada e imprevisible”, “irracional”, leyendo “libre y caóticamente todo lo que encuentran a mano, mezclando géneros y autores, disciplinas y niveles”.¹ A veces calificados de “posmodernos”, con

1 Armando Petrucci, “Leer por leer: un porvenir para la lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, p. 538. Col. Pensamiento.

¿Extinción o transfiguración del lector?

frecuencia estos lectores son objeto de suspicacias: serían egocéntricos, anarquistas, consumistas, gente inestable que salta de una cosa a otra merced a sus caprichos, perezosos entregados a lecturas narcóticas, a su gusto por la facilidad, al placer del momento; gente burda que se apropiaría de las obras mediante “un uso intensivo y violento”, manipulándolas, doblándolas, maltratándolas; sin adoptar ya una postura de estudio —vertical—, sino que se estiran, suben los pies a la mesa o se recuestan en el suelo.

¿Qué buscan? Mi hipótesis es que persiguen algo vital, tal como Rimbaud cuando leía sin tonsurar las páginas de los libros. Estoy convencida de que esos “irracionales” tienen sus razones, y que podemos acceder a ellas si intentamos comprender qué ocurre entre las líneas leídas, qué pasa en esos momentos tan misteriosos cuando un lector levanta la vista de su libro.

Hace casi veinte años, Yves Bonnefoy escribió un artículo titulado precisamente “Lever les yeux de son livre” [Levantar la vista de su libro], en el que planteaba la idea de que “la interrupción, en la lectura de un libro, puede tener un valor esencial y casi fundador en la relación del lector con la obra”.² En los últimos años, intenté explorar un poco esos momentos en que el lector interrumpe su lectura. ¿Por dónde andan sus pensamientos?, ¿qué se imagina?, ¿qué sucede con él? Estas preguntas probablemente son el eco de un interrogante más antiguo, de una inquietud infantil, cuando veía a mi madre o a mi padre alejarse de mí, perderse en una fantasía provocada por su lectura: todo trabajo “científico” es una autobiografía disfrazada. Mucho tiempo después, intenté resolver este misterio y discernir algunos de aquellos pensamientos y asociaciones que una lectura puede propiciar, la subconversación que inicia, las sensaciones que uno experimenta, esos vínculos secretos tejidos por el lector sin que los otros ni las instituciones se enteren. Procuré acercarme a la experiencia íntima de lectores y lectoras, escuchándolos a lo largo de entrevistas abiertas, o leyendo relatos, ficciones en los cuales habían transpuesto sus recuerdos.

2 Yves Bonnefoy, “Lever les yeux de son livre”, en *Nouvelle revue de psychanalyse* 37, 1988, p. 13.

JUNTAR LOS RECORTES Y GUARDARLOS EN UNA CAJITA SECRETA

Me la paso entonces solicitando biografías o autobiografías de lectores. Siempre me las prometen, pero jamás me cumplen. Por ello me encantó cuando, luego de una conferencia en Buenos Aires, una mujer se acercó para darme una que había escrito para mí. Una sola hoja en la cual Eleonora, así se llama, comienza por advertir: “Nunca fui, lo que se dice, una ‘gran lectora’, jamás me apasioné con la lectura, cualquiera que sea su género”. Líneas después, explica: “Mis padres desde chica me transmitieron que debería leer para, entre otras cosas, no tener faltas de ortografía” — lo que, por supuesto, era la mejor manera de convertir la lectura en una tarea fastidiosa. Sin embargo, lejos de la tarea, Eleonora recorrió un pequeño trecho como lectora que, durante la adolescencia, pasó por Ágata Christie y por un folletín:

“recuerdo también una que aparecía siempre en el suplemento de un diario muy conocido, llamado *La Nación*. No era en sí una novela, sino que se trataba de una chica llamada Laura [y en este nombre se escucha un poco un eco o una contracción del suyo, Eleonora], que contaba sus historias de adolescente y yo, por supuesto me identificaba mucho con ella y todo lo que sucedía. Luego de juntar todos los recortes de diario y guardarlos en una cajita secreta, me compré el libro que recopiló la misma autora: Dionisia Fontán, titulado *Laura de boy*”.

Juntar recortes y guardarlos en una cajita secreta: eso sería, quizás, una buena definición de la lectura personal, privada. Aquéllas y aquéllos que hoy leen de manera aparentemente anárquica, frenética, quizá no hacen otra cosa que correr tras fragmentos con los cuales conformar un tesoro secreto: un esbozo de su autorretrato y del relato de su vida.

En conversaciones con lectores, la mención recurrente de estas pares de actividades, cortar y juntar, cortar y pegar, me llevó a preguntarme si no constituirían el principio mismo de la lectura.³ Ya otros lo habían pensado antes que yo, como Antoine Compagnon:

3 Cf. Michèle Petit, “La cultura se hurta”, en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001. Col. Espacios para la lectura. Traducido por Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez.

¿Extinción o transfiguración del lector?

“Recortar y pegar son las experiencias fundamentales del papel, de las cuales la lectura y la escritura no son más que formas derivadas, transitorias, efímeras”.⁴

Por lo demás, son las operaciones esenciales que hoy realizamos al “tratar” un texto con nuestras computadoras.

Para medir mejor la resonancia de esas actividades, es necesario recordar que una de las mayores angustias para el humano es la de ser caos, cuerpo dividido, fragmentos discontinuos. La angustia de perder los propios límites, el sentimiento de continuidad, de unidad de sí que no viene con el nacimiento, sino que el niño pequeño lo conquista mediante un muy complejo proceso de relacionar, de vincular progresivamente diversos episodios de su vida.⁵

A lo largo de nuestra existencia, las desgracias pueden reactivar la angustia por la fragmentación, el caos, también el abandono y la separación. Mi hipótesis es que en una época de cambios intensos, en la cual los marcos familiares y sociales suelen estar desestructurados o debilitados, la lectura contribuye a restaurar una cierta continuidad, un marco, y facilita la elaboración de una imagen unificada de sí. Quizá ésta es una de las razones que llevan a tantos lectores a abalanzarse, de manera aparentemente tan desordenada, sobre algunos textos escritos.

Eso intentaré demostrarles, pero antes quisiera subrayar que proceder de esta manera con los libros, aferrarse a un fragmento, a una frase, presupone que estos libros no constituyeron un monumento intimidante; que los lectores no se sometieron a su autoridad, que pudieron leerlos “sin escrúpulos”, y tomo prestada esta expresión de Soledad, una jovencita que conocí en un Centro de Lectura⁶ de un barrio próximo a Buenos Aires, quien dijo:

4 Antoine Compagnon, *La Seconde main ou le travail de la citation*, París, Seuil, 1979, pp. 15-16.

5 Véase sobre todo a Bernard Golse y Sylvain Missonnier (coords.), *Récit, attachement et psychanalyse*, París, Erès, 2005.

6 Comenzado por Ana María Kaufman y Ani Siro, con la Universidad de San Andrés, este Centro es ahora impulsado por Javier Maidana. Está en el Instituto Parroquial San Pedro Claver y lo sostiene la Fundación Bunge y Born.

“El Centro me ayuda a ser la persona que soy, encontrar vida en las palabras (...) El Centro es un espacio para descubrirte a vos mismo, un lugar para compartir, un lugar para estar con los libros, sin escrúpulos”.

“Encontrar vida en las palabras” y “estar con los libros, sin escrúpulos”, como bien lo dice Soledad, es algo que sucede, ya lo mencioné aquí mismo anteriormente,⁷ por la mediación inicial de la madre, de la abuela o a veces del padre, cuando ellos ya han incorporado leyendas, poesías, relatos a su propia experiencia; o por la intercesión de un docente, de un bibliotecario o de un amigo, cuando éste permite el encuentro con la voz singular de un escritor o de un narrador, y deconstruye el monumento. Y es algo que implica que estos adultos no dictarán al niño el comportamiento que ha de seguir, la manera correcta de entender un texto. Que le dejarán entregarse con sus libros a momentos de fantasía, poéticos, gratuitos, de los cuales no tienen que rendir cuentas a nadie. Que se tranquilicen los preocupados por la eficacia: en la infancia o en la adolescencia, tales momentos suelen constituir un preámbulo necesario a todo aprendizaje; y a lo largo de la vida, esos rodeos posibilitan un trabajo psíquico mediante el cual el sujeto se construye o se reconstruye.

UN REBELDE, UN INSATISFECHO

En realidad, esos lectores, aparentemente desordenados, quizá se están abocando a una auténtica labor de resistencia a la adversidad y a las desgracias que les marcan el camino. Desde los primeros años, y en múltiples formas.

Aquí abro un pequeño paréntesis para contarles algo que unos de ustedes ya conocen. Un día, Freud observó a su nieto de 18 meses. Jamás lloraba durante las ausencias de la madre, pero tenía la costumbre de jugar con ciertos objetos, en particular con un carrete. Cito a Freud:

7 Michèle Petit, “El extraño objeto que nos reúne”, en Elsa Ramírez Leyva (coord.), *Seminario lectura: pasado, presente y futuro*, México, CUIB-UNAM, 2005.

¿Extinción o transfiguración del lector?

“El niño tenía un carrito de madera atado con un piolín [...], con gran destreza arrojaba el carrito, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carrito desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo ‘o-o-o-o’ (en la que el observador reconoció la palabra ‘fort’ que en alemán significa ‘se fue’), y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carrito de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso ‘Da’ [acá está].”⁸

“La interpretación del juego —comenta Freud— resultó entonces obvia”. El juego le permitía al niño soportar sin queja la partida y la ausencia de su madre. Se resarcía de esa partida y de esa ausencia “escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar”. De esta manera asumía un papel activo y revertía la situación. Asimismo, al arrojar una y otra vez un objeto, podía satisfacer un deseo de vengarse de la madre, pues le significaba: “Y bien, vete pues, no te necesito, yo mismo te echo”.

Este célebre episodio conocido como “el juego del carrito”, o como el “fort-da”, permite comprender la importancia de la simbolización en el devenir humano, en particular en la construcción de la autonomía. En los últimos años, los especialistas en primera infancia han observado mucho a los bebés y han descubierto una muy precoz labor de representación, durante la cual reproducen con su cuerpo y actitudes los vínculos que han establecido con su madre en el momento anterior. El niño adquiere muy pronto la capacidad de representar en su teatro corporal o de comportamiento sus experiencias recientes.⁹ Al principio, se trataría de una representación para sí mismo, para compensar la falta de dominio sobre la presencia del otro.¹⁰ A partir del segundo semestre de la vida, el niño sería capaz de decirse que si

8 Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer” en *Obras completas* vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, pp. 15-16. Trad. directa del alemán de José L. Etcheverry. Todas las citas de Freud fueron tomadas de esta edición en español. [N. de la T.]

9 Bernard Golse y Sylvain Missonnier, *Récit, attachement et psychanalyse*, París, Erès, 2005, p. 12.

10 Bernard Golse, *Du corps à la pensée*, París, PUF, 1999, pp. 131 y 172.

su madre no está con él, es que está en otra parte, esbozo fundamental de un relato de la ausencia. Luego, a partir de las interacciones con los adultos que lo cuidan y le hablan, él elaborará su historia mediante representaciones, traducciones en lenguajes, que se actualizarán de manera constante.¹¹

A lo largo de la infancia, muchas de esas representaciones, de esos relatos, se manifiestan a través del cuerpo y del juego: los niños necesitan el juego para expresar y canalizar sus angustias, recuperar fuerzas. Cito aquí al escritor Hanif Kureishi, que cuenta:

“Recuerdo a uno de mis hijos gritando luego de haber pasado el día fuera de casa: ‘¡Pero hoy no jugué!’ Y se puso a jugar solo con sus cochecitos; jugó y habló solo hasta que se sintió en condiciones de reencontrarse con los demás. También los escritores pueden mostrarse irascibles si no han pasado algunas horas en su escritorio, frente a sí mismos”.¹²

En ambos casos se trata efectivamente de elaboraciones narrativas, pero gran parte de las que realizan los niños son de carácter sensorial, motriz.

No obstante, desde la primera infancia sabemos cuánto contribuye la lectura a esta formulación de la experiencia: el niño encuentra fuera de él, en unos cuentos, unas imágenes, unos relatos compartidos, socialmente reconocidos, estéticos, representaciones de lo que lo preocupaba o lo emocionaba sin poderlo formular. Y los libros le garantizan una continuidad esencial que con frecuencia necesita, particularmente hoy en día. Como dice la ilustradora Elzbiéta: “El niño llega a un universo que le parece caprichoso, abundante, precario, donde habrá de adquirir estabilidad, fe en la perennidad y la constancia de los seres y de las cosas... Sin duda, el libro y sus imágenes constituyen las pruebas engañosas, pero indispensables, de la estabilidad del mundo. Los libros nos proporcionan infinitas oportunidades de verificar esta tranquilizadora fijeza sin la cual nada de lo humano sería posible”.¹³

11 *Ibid.*, p. 15.: “A los bebés no les basta con que les cuenten historias, también requieren aprender poco a poco a contar a los demás y a sí mismos su propia historia.”

12 Hanif Kureishi, *Souvenirs et divagations*, París, Bourgois 10/18, 2003, p. 369.

13 Citado en *Les livres à la rencontre des tout-petits*, ACCES/Bibliothèque d'Epinay-sur-Seine.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Mediante esas representaciones, mediante el juego y la lectura, el niño construye su autonomía —como el nieto de Freud con su carrito. Y la forma en que este niño notificaba a su madre “No te necesito, yo mismo te echo” revela que esta construcción tiene una dimensión agresiva, con frecuencia perceptible para los lectores jóvenes. Como bien ha dicho Graciela Montes, “Desde chiquito, todo lector es un belde, un insatisfecho”.

Por ejemplo, escuchemos al escritor palestino Edward Saïd evocar su infancia en un libro de memorias que en Francia titularon *À contre-voie* [*En sentido contrario*]:

“quería salirme de las diversas jaulas en las cuales me veía encerrado y que me provocaban tanta frustración, descontento conmigo mismo (...) comenzaba a experimentar un placer malicioso en hacer y decir cosas prohibidas y en transgredir de esta forma los límites impuestos por mis padres. Siempre miraba por las puertas entreabiertas; leía libros buscando tesoros ocultos por la decencia ; exploraba los cajones (...) Pronto comencé a amar los descubrimientos hechos en los libros”.

Habrán notado que de nuevo nos topamos con tesoros ocultos. Y guardan relación con los secretos del cuerpo y del poder, pues hay una historia en particular que encanta al niño Edward, la de Kalita, una joven fakir que realiza hazañas, cosas sorprendentes con su cuerpo, en un circo:

“Leí y releí las tres páginas mal impresas sobre la valiente Kalita; examiné montones de veces las dos fotografías que atrapaban mi atención cada vez que abría el libro. Pero lo que, paradójicamente, me cautivaba y me mantuvo hechizado durante semanas fueron los defectos de estas imágenes: su pequeñez que impedía ver realmente el cuerpo de la mujer, y la distancia entre ellas y yo. Soñaba con conocerla, con formar parte de su caravana, con presenciar otras hazañas tremendas (por ejemplo, su indiferencia o quizá su deleite por otras formas de dolor extremo y placeres desconocidos, su desprecio por la vida doméstica, su aptitud para sumergirse en profundidades poco exploradas, comiendo animales vivos y frutos asquerosos) y con escucharla hablarme sobre su vida desprovista de

conversaciones vanas y responsabilidades cotidianas. Gracias a mis experiencias con Kalita adquirí el hábito de permitirle a mi mente desarrollar una historia narrada en un libro y franquear sus límites para incluirme en ella; poco a poco me di cuenta de que podía convertirme en el autor de mis propios placeres, sobre todo de éstos que me llevaban lo más lejos posible de la asfixiante tutela familiar y escolar. Esa capacidad de aparentar que estudiaba, leía o tocaba el piano mientras pensaba en algo totalmente diferente y mío, como Kalita, fue uno de los aspectos de mi vida que molestaban a mis profesores y a mis padres, pero que me marcaron”.¹⁴

Mediante este encuentro sorprendente, transgresor, fascinante, a través de la apertura a un lugar radicalmente *otro*, el joven Edward crea un espacio de resistencia frente a lo que lo rodea. Allí especula sobre el dominio del dolor físico y los misterios del cuerpo sexuado, del placer, de sus zonas oscuras. De esta forma se construye un poco a sí mismo, esboza su propia historia y, como él dice, se convierte en el autor de sus placeres. Cuestiones que también explora el protagonista de *À bout d'enfance* [En los límites de la infancia] donde el escritor antillano Patrick Chamoiseau ha transcrito su propia experiencia:

“Cada imagen de un libro era un mundo tocado por el infinito; cada imagen le ofrecía un mayor contacto con el infinito cuanto menos se relacionara con su entorno (...) El negrito emprendía el vuelo a través de esas ventanas abiertas, retornaba a sus tragedias, luego se volvía a ir, así hasta condenar a las personas de esas ilustraciones a vivir sus propios sentimientos... Él los hacía cobrar vida con sus deseos. Les transmitía su malestar (...) a través de estos personajes dispersos en él, pudo enfrentar (sin conocerlos aún) la muerte, el dolor, el miedo, la tortura, el abandono, la traición y otras catástrofes comunes”.¹⁵

Unas cuantas imágenes colocadas junto a un poco de texto y el joven lector pone en escena su malestar. Y por medio de esas idas y venidas

¹⁴ Edward Saïd, *A contre-voie*, París, Le Serpent à plumes, 2002, p. 63.

¹⁵ Patrick Chamoiseau, *À bout d'enfance*, París, Gallimard-Haute enfance, 2005, pp. 32-33.

¿Extinción o transfiguración del lector?

entre el exterior y el interior, se construye y esboza su autonomía. Habitado por muchos personajes, se siente algo menos solo, con un poco más de armas para afrontar lo desconocido.

“LOS MALOS GÉNEROS...”

Álbumes, cuentos, periódicos ilustrados contribuyen a alimentar los escenarios, los juegos con los que los niños se consuelan de la dura realidad y ganan un margen de maniobra, deviniendo un poco más sujetos de su historia. Dan forma a sus fantasías, sus deseos o sus temores; les permiten indagar sobre los misterios de la vida, de la muerte, de la diferencia entre los sexos. Pero, de manera cercana, a lo largo de la vida, los “alimentos culturales” contribuyen a nutrir de manera decisiva la actividad psíquica de los adultos y los ayudan en la adversidad. Al encontrar representaciones fuera de nosotros, podemos llegar a formularnos las cosas, a expresar nuestros sufrimientos, nuestros deseos. Y lo hacemos valiéndonos de una gran diversidad de soportes.

Fijémonos, por ejemplo, en los aficionados a esa lectura de aparente divertimento puro: las novelas policíacas. Recientemente, dos investigadores, Annie Collovald y Erik Neveu, realizaron un estudio sobre este tipo de lectores, mediante entrevistas.¹⁶ Ustedes lo notarán, cada vez que unos investigadores dejan hablar a los lectores y los escuchan, quedan impactados por esta dimensión de construcción o reconstrucción de sí —aun cuando su formación sea la de sociólogos y no la de psicólogos. La investigación de Collovald y Neveu incluye una multitud de observaciones que atestiguan que la lectura de novelas policíacas es una lectura de crisis, una labor de resistencia ante la destrucción. Como sucede, por ejemplo, con esta mujer que había vivido desgracias familiares tremendas y de la cual anotan que:

“lo que llama su atención es el tema tratado: la muerte, la violencia de una desaparición, como si encontrara un medio para consumir su dolorosa

16 Annie Collovald y Erik Neveu, *Lire le noir*, París, Bibliothèque Publique d'Information (BPI)-Centre Georges Pompidou, 2004.

labor de duelo en la reiteración imaginaria de las experiencias de separación vividas por ella”.¹⁷

O en el caso de otra mujer, deprimida:

“La novela policíaca llegó a su vida en el momento en que decidió comenzar a ocuparse de sí; empieza a leer novelas policíacas justo cuando decide someterse a una cura psicoanalítica”.¹⁸

De una manera más amplia, ambos investigadores subrayan la fuerte correlación entre accidentes biográficos y lectura de novelas policíacas, la “concomitancia entre momentos críticos para los lectores y su afición por la literatura policíaca”.¹⁹ La lectura de este tipo de obras volvería a dar coherencia a lo que han vivido. Escriben : “A esos lectores que más o menos logran sobrevivir esa inseguridad social y cultural que los acosa, [el aspecto codificado y convencional de las historias policíacas] les ofrece la certidumbre de experimentar una permanencia: la de las historias narradas y la de los sentimientos que éstas suscitan y satisfacen”.²⁰ Su efecto sería “reconciliador o federador” y la apropiación de novelas policíacas podría conducir a “recoser vidas desgarradas, a generar el sentimiento o la ilusión de una continuidad existencial”. Proporcionaría también un poco de “juego”, lo que impediría al lector sentirse atrapado en la vida tal como se le presenta. Lejos de ser una simple distracción, sobrepasando por mucho la sola cuestión del placer, la lectura frenética de novelas policíacas alcanzaría gran resonancia con las búsquedas identitarias. Para concluir, Collovald y Neveu señalan que actualmente, “el acceso a la realidad pasa cada vez más por una representación o la elaboración de un relato”.²¹

Otros investigadores que trabajan en torno a otros soportes que aparentan ser meros distractores, también señalan que los lectores

17 *Ibíd.*, p. 231.

18 *Ibíd.*, p. 238.

19 *Ibíd.*, pp. 286 y 318.

20 *Ibíd.*, p. 239.

21 *Ibíd.*, p. 325.

¿Extinción o transfiguración del lector?

encuentran en ellos una continuidad tranquilizadora. Un ejemplo de ello es lo mencionado por Serge Tisseron sobre los cómics,²² que hoy en día tienen éxito no sólo entre los niños. Según Tisseron, toda imagen nos acoge y crea la ilusión de unificar fragmentos dispersos. Aun más, en los cómics, el tiempo y el espacio se encuentran sólidamente compartimentalizados: cada imagen está circunscrita a un cuadro y cada texto a un globo de diálogo; cada compartimiento está en la doble atadura de su línea y su columna; cada episodio comienza con un resumen de lo que pasó y termina con la palabra “Continuará”.²³ Un poco a la manera de un ritual, el cómic tendría como función principal poner diques a la inquietud: “Delimitando, más que cualquier otro género, un dentro y un afuera, tiende a funcionar como una envoltura”,²⁴ lo que lo opondría al cine, cada vez más invasivo por el tamaño de la pantalla o el sonido dolby-stereo. En el cómic, la línea es evidente, sobre todo cuando es continua, nítida, y delimita al héroe “tal como hace la línea de plomo con un personaje de vitral”. El cómic nos tranquilizaría “mostrándonos la estabilidad de nuestro espacio interior — pese a lo convulsivo de nuestro entorno”. La importancia adquirida en ciertos momentos de la vida se derivaría del “intento por preservar cierta estabilidad psíquica en un momento en que ésta se halla particularmente quebrantada”.²⁵

Tisseron lleva a cabo un análisis complejo y destaca, entre muchos otros elementos, la frecuencia con que se presentan las metamorfosis corporales y psíquicas en los cómics más leídos por los adolescentes, y la permanencia de la identidad más allá de esas metamorfosis. Los adolescentes estarían en busca de representaciones figuradas de lo que experimentan ante las transformaciones en su propio cuerpo, y ante los cambios sociales que habrán de afrontar. Las series, que garantizan encontrarse con los héroes en el mismo lugar, siempre idénticos, asegurarían de manera particular una permanencia.

22 Serge Tisseron, *Psychanalyse de la bande dessinée*, París, Champs Flammarion, 2000, p. 106.

23 *Ibid.*, p. 9.

24 *Ibid.*, p. 106.

25 *Ibid.*, p. 115.

Luego de esto, nadie se sorprenderá de lo que narra Patricia Correa,²⁶ coordinadora de un programa de lectura en los hospitales colombianos: los soldados heridos piden mucho que se les presten cómics. Esto no se debe sólo a que exigen menos esfuerzo que los textos sin ilustraciones. En el caso de quien está herido y a veces mutilado, la angustia ante la fragmentación, la castración, la pérdida de sustancia, la separación debe de reactivarse de manera enloquecedora. Probablemente, los cómics lo ayudan a redibujar sus propios contornos, a restaurar un marco, una continuidad (un poco lo que los autorretratos fueron para Frida Kahlo, luego de su accidente y las múltiples operaciones). Al leer los cómics, los soldados heridos trabajan en la recomposición de una imagen de sí mismos, un tanto más unificada, y en la cicatrización de sus heridas.

...Y LOS USOS “ILEGÍTIMOS”

Novelas policíacas, cómics... he hablado de aquellos géneros durante mucho tiempo considerados “ilegítimos”, aun cuando estén en vías de acceder al estatus de bienes culturales consagrados. Sin embargo, hoy en día, aparte de los “literarios”, ¿se lee de manera distinta la gran literatura? Tengo un relato escrito por un hombre apasionado por Balzac y que literalmente vivió de este compañerismo. Habiendo logrado involucrar a su mujer en esta pasión, todos los regalos que se hace la familia se relacionan con el escritor, todas las vacaciones se consagran a explorar sitios balzacianos.

“Me apasioné por la historia de este hombre extraordinario que en casi todas sus cartas habla exclusivamente de dinero, de encontrar dinero, de sórdidas historias relacionadas con el dinero y de deudas increíbles... Eso me hace pensar que si él hubiera tenido dinero jamás habría escrito una línea y que, paradójicamente, él se endeudaba para obligarse a escribir”.

26 “Palabras que acompañan”, programa financiado por la Glaxo-Smith-Kline, con el apoyo de Bibliored, Red capital de Bibliotecas Públicas en Colombia.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Todo cobra sentido si sabemos que el padre de nuestro lector, experto financiero en una gran empresa multinacional, nunca tuvo más ideal que conseguir dinero, al punto de penetrar no sé qué secretos y morir por ello, en circunstancias que jamás se aclararon. ¿Cómo no pensar que el hijo encontró en Balzac el medio de poner en escena las locuras del padre, su universo? Necesitó apoyarse en alguien de la estatura de ese escritor para enfrentar la locura paterna, para darle continente. Dice que Balzac lo acercó a Zola, Zola a Proust, y éste a Simenon, un autor de novelas policíacas, ¿y cómo no escuchar también en esto el eco o la premonición del destino paterno? De Balzac, quien le sirvió de soporte toda la vida, escribió:

“Porque he sufrido pude comprender sus sufrimientos. Porque he dudado con tanta frecuencia pude comprender sus dudas. Porque he tenido tanto miedo pude comprender los suyos”.

Aclaremos: no estoy colocando en el mismo plano a Balzac y las novelas policíacas (aunque haya algunas excelentes y muy bien escritas); no digo que toda lectura de una obra literaria tenga la intención de compensar las locuras de la propia familia o de reparar la vida. La lectura es una actividad muy compleja, muy rica, que no podría reducirse a un aspecto, a éste o a otro, desde luego. Mediante esos ejemplos, sólo he querido subrayar que leyendo con frenesí, de manera en apariencia anárquica, irracional, muchos lectores de hoy se involucran en realidad en una actividad vital, aun si no son conscientes de ello. Lo cual no les impide encontrar placer, distracción, información, temas de conversación y, en algunos casos, ideas para apuntalar su espíritu crítico. Lo cual no impide tampoco una parte de ellos, con ciertos textos, de sentirse fascinados por una manera de escribir, impactados por un estilo, sensibles a un ritmo. Podemos lamentar o festejar la frecuencia de ese uso “salvaje” de los libros y, en particular, de la literatura. La gran escritora Nathalie Sarraute hablaba con desprecio de lo que podría extraerse de una obra para ayudarse a vivir:

“Esos residuos que utilizamos en nuestra vida cotidiana o que aprovechan la ciencia, la historia, son los subproductos de las obras de arte, no

sus productos. Y en ningún momento son lo que debe buscarse, porque esos subproductos podemos conseguirlos en obras sin ningún valor literario de manera más sencilla y con menos esfuerzo para los autores y para los lectores. *La cabaña del tío Tom* produjo más efectos extraliterarios que toda la obra de Henry James”.²⁷

No sé si *La cabaña del tío Tom* tuvo más “efectos extraliterarios” que la obra de Henry James. Además, muchos lectores no han tenido opción. Y es muy complicado saber cuáles son las obras que ayudan al lector a delinarse, a escenificar lo que ha sentido: cada lector es distinto y sorprendente. Lo he mencionado en muchas ocasiones: no siempre el lector prioriza un libro que le proporciona una copia de la propia historia; y allí donde ofrece una metáfora es donde un texto “trabaja” verdaderamente al lector.²⁸ En definitiva, quizá lo más sorprendente sea esta capacidad de los lectores de diferentes estratos sociales de sacar provecho de lo que encuentran, cueste lo que cueste, así de grande es su necesidad de autodefinirse, su necesidad de encontrar palabras, relatos, metáforas.

En un libro titulado *The Black Sunday, 26 décembre 2004*, Jacqueline Merville, que estaba en las costas de Tailandia cuando fueron destruidas por el tsunami, narra su experiencia. Tras presenciar la ola y sus estragos, la narradora y su acompañante huyeron hacia el interior del país. Por la televisión, se enteran de que lo que vieron se llama “tsunami” y escuchan las explicaciones sobre el maremoto. Escribe:

“Saber nombrar el origen de ese terror se apodera de nuestra fatiga. Esa se extiende, encuentra un eje. Los músculos del cuerpo vuelven a tomar conciencia; el cuerpo acepta un poco su pánico, el pánico de miles de personas con las que somos uno, no por solidarios, sino por pavor, en la huida. Una solidaridad animal, primitiva.

Este saber, esa palabra tsunami aún la sentimos extranjera, pero deja su lugar a una inteligencia del pánico. Entonces surge una comprensión instintiva que

27 Nathalie Sarraute, “Le langage dans l’art du roman”, en Simone Benmussa, *Entretiens avec Nathalie Sarraute*, Tournai, Bélgica, La Renaissance du Livre, 1999, pp. 209-210.

28 Véase Michèle Petit, *Lecturas: del espacio íntimo...*, op. cit.

¿Extinción o transfiguración del lector?

nos vuelve más atentos, ligeros. Partes de uno mismo vuelven a unirse, a conformar una totalidad, la que experimentamos en los días comunes”.²⁹

Nos topamos nuevamente con ese proceso de volver a unir las piezas, de reconstitución y de diferenciación de sí mismo disparado por el hecho de comenzar a darle un nombre a lo extraño —incluso, en caso de que así sea, a lo más pavoroso o turbador. Sea cual fuere la cultura en que hayamos nacido, necesitamos representaciones externas para salir del caos, externo o interno. Necesitamos que lo que hay dentro de nosotros encuentre primero afuera una formulación, para poder estar instalados en nosotros mismos; para que episodios enteros de nuestra vida no permanezcan enquistados en zonas muertas del ser. Si no encontramos esas representaciones, no tenemos la fuerza suficiente. No basta la lectura para acceder a ellas y reparar a quienes han padecido situaciones dramáticas. Se requieren vínculos sociales, amor, amistad, proyectos compartidos y, con frecuencia, una intersubjetividad con profesionales entrenados para escuchar, con quienes podamos hablar. Pero la lectura, y en particular la de obras literarias, sí ayuda, pues somos seres de narración. Y me pregunto de qué modo algo que resulta tan evidente pudo escamotearse al punto de reducir el lenguaje a un mero instrumento, y las bibliotecas a simples sitios de “acceso a la información”. Son también conservatorios del sentido y en ellos encontramos metáforas científicas que ordenan el mundo, pero también metáforas literarias, poéticas, producto del trabajo lento y solitario de escritores o de artistas que han llevado a cabo una labor de transfiguración de sus propias penas.

Según Hanif Kureishi, escribir es “una especie de automedicación”, “un procedimiento para integrar a una vida un material inaceptable”,³⁰

“en vez de asumirme víctima sería todopoderoso; escribir me permitiría manejar, ordenar lo que me parecía sólo caos (...) en el ámbito de la escritura

29 Jacqueline Merville, *The Black Sunday*, 26 décembre 2004, París, Des femmes/Antoinette Fouque, 2005, pp. 27-28.

30 Hanif Kureishi, *op. cit.*, p. 357.

sería mi propio amo: instalado en mi mesa, como quien se acurruca en una matriz, calentito, concentrado, independiente, con música, plumas, papel, máquina de escribir bajo la mano, daría vida a un mundo cuyas disonancias pudiera domeñar y quizá hasta despojar de su veneno”.³¹

Lo que de igual manera subraya Chamoiseau: “Toda escritura es una necesidad casi orgánica de aclarar en sí mismo un inefable caos; un malestar que reclama una vía de equilibrio”.³² O la irlandesa Nuala O’Faolain:

“...intenté volver a cerrar mis heridas poniéndolas en palabras, después, vaciando esas palabras de su poder — tratándolas como herramientas para un trabajo, una tarea”.

Y continúa:

“El arte nos ayuda a vivir tanto como la amistad. Ha habido momentos en que me sucedió algo paradójico —como cuando leí *La sonata de Kreutzer* de Tolstoi, y después cuando fui al Carnegie Hall para escuchar la interpretación de la sonata—: mi existencia estaba siendo temporalmente justificada por el arte de los otros y el desempeño de otro”.³³

En efecto, muchos lectores, como en eco al trabajo de algunos escritores, encuentran en los libros herramientas de supervivencia, representaciones estéticas de lo que los preocupa, los absorbe, los cuestiona. Un ritmo que los equilibre. Una legitimación de su ser.

¿TERAPIA O DERECHO CULTURAL?

Hasta aquí he hablado de usos espontáneos que daban a los libros quienes tenían acceso a ellos. No obstante, esta función vital de la lectura

31 *Ídem.*

32 Patrick Chamoiseau, *op. cit.*, p. 76.

33 Nuala O’Faolain, *J’y suis presque*, París, Sabine Wespieser, 2005, pp. 173-174.

¿Extinción o transfiguración del lector?

—con frecuencia negada— también puede ser recuperada con fines políticos, o implementada con fines comerciales. El mes pasado, durante un festival del libro juvenil en Moscú, escuché a la Sra. Putin declarar que “los libros ayudaban a los niños a sobrevivir en el difícil mundo actual”. Me enteré que ella había sido iniciadora de este festival donde había más oficiales que libros o niños. El año anterior, lo había inaugurado en compañía de la Sra. Bush (¡ex bibliotecaria!). Molesta, pensé que había poderes autoritarios que frenaban la difusión de la lectura, mientras que otros, por el contrario, se empeñaban en favorecerla con fines de contención. Pues si algunos lectores encuentran en los libros armas para apuntalar una rebelión y alimentar su espíritu crítico, otros —o los mismos— buscan en ellos fuerzas para soportar lo insoportable, al menos durante un tiempo. Recuerdo haber leído en un periódico, hace años, que en Irán algunos médicos recomendaban a las mujeres deprimidas por su condición de relegadas, marginadas del espacio público, dedicarse a la lectura. Al principio, me indigné. Pero ¿qué esperaba? ¿Que salieran a las calles y se rebelaran contra sus opresores, para que las asesinaran en la primera esquina? ¿Que se consumieran en la angustia y la soledad, sin un mínimo espacio para soñar, sin un pequeño escape? Por ejemplo, durante dos años, algunas jovencitas se reunieron clandestinamente con una de sus profesoras, Azar Nafisi, para comentar grandes textos literarios y “crear un lenguaje diferente del de sus carceleros”. Azar Nafisi relata esta experiencia en un libro,³⁴ en el que escribe: “Hay una sola manera de salir del círculo, de dejar de seguirle el juego al carcelero. Encontrar el medio de preservar la propia individualidad”.

En muchos países, proliferan las llamadas obras de “autoayuda”, mediante las que algunos pretenden aprovecharse del malestar, de la angustia. La primavera pasada, en Buenos Aires, me sorprendió ver la cantidad de metros cuadrados que las librerías dedican a este tipo de materiales. Con mayor seriedad, en ciertos países, otros se entregan a una “biblioterapia”. Confieso que siempre he tenido mis reservas sobre esta noción, en parte porque dudo de la posibilidad de elaborar listas de libros “que curen”, ya que los lectores son tan sorprendentes.

³⁴ Azar Nafisi, *Lire Lolita à Téhéran*, París, Plon, 2004.

En parte también porque me resisto a circunscribir al ámbito de la cura, de la terapia, el tan complejo aporte de la lectura a la construcción o la reconstrucción de sí. En ese aporte, hay algo que me parece mucho más vasto y que pertenece al orden de lo cultural, antropológico y, en ciertos aspectos, de lo político.

Por ello, desde hace un año me he interesado en programas en que la lectura ocupa un lugar esencial, en espacios en crisis, ya sea que estén afectados por guerras o violencias repetidas, por descalificaciones económicas rápidas o por importantes movimientos migratorios. Muchos profesionales (bibliotecarios, docentes, trabajadores sociales o humanitarios, psicólogos, artistas, escritores...), aunque también militantes o voluntarios, recurren a la lectura, que frecuentemente se asocia a otras actividades culturales, para ayudar a los niños, a los adolescentes, a los adultos a construirse o a reconstruirse y también, algunas veces, para apoyar procesos de adquisición de la lectura y de la escritura. Y para estas personas, es la lucha contra las crecientes injusticias y desigualdades lo que da sentido a su labor; el deseo de contribuir a que cada cual acceda a sus derechos culturales.

A ese propósito, abriré un pequeño paréntesis para solicitar contribuciones: me interesan todas las experiencias vividas en esos contextos y estaría feliz de leer los materiales que pudieran hacerme llegar. En forma simultánea a esta colecta, me esfuerzo por analizar paso a paso lo que reúno. Hoy, no aludiré a los elementos que mencioné el año pasado en la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, y los remitiré al librito publicado por CONACULTA.³⁵ En esta ocasión, sólo quisiera mencionar un aspecto: la reparación del vínculo con el otro por medio de la lectura.

LECTURAS COMPARTIDAS

En Argentina, por ejemplo, Silvia Schlemenson y su equipo trabajan con grupos de mujeres que viven en condiciones de extrema pobreza.

35 Michèle Petit, *Leer & liar*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005. Col. Lecturas sobre lecturas núm. 16.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Narradoras profesionales les permiten reencontrarse con relatos o cantos olvidados de su infancia, y por esa vía establecer un vínculo afectivo y lingüístico más rico con sus bebés:

“La lectura de cuentos se valorizó como un modo sencillo de encuentro. En relación a los cuentos, no sólo se intervino sobre relatos conocidos por las madres sino que se estimuló la producción de narraciones inventadas por ellas para que pudieran llevarlas a sus casas y ampliar el intercambio simbólico con sus hijos. (...) La inclusión de una narradora y la escucha de los cantos que cada una de las madres cantaba, posibilitó que comenzaran a emerger entre ellas propuestas para la activación psíquica de los pequeños. Recordaron cuentos, temores y aspectos fantasmáticos anteriormente ocluidos (...)”

En los últimos encuentros muchas de las madres reían mientras cantaban para sus compañeras las canciones recordadas después de muchos años”.³⁶

Varios programas implementados en Venezuela —en especial después de catástrofes naturales—, en Brasil o aquí mismo también buscan explícitamente mejorar los vínculos sociales.

De una manera más amplia, en América Latina, una buena parte de quienes impulsan tales programas eligen trabajar con grupos ya constituidos o formados para este fin, con la idea de suscitar un movimiento que será retomado por otros. Y en Brasil, Colombia, Argentina, México, esta labor presenta efectos muy similares: leer hace hablar a los niños, a los adolescentes o a los padres con sus hijos o a las mujeres entre ellas. Al paso de los meses, los participantes incrementan sus posibilidades de expresión lingüística. Al elaborar sentido de manera polifónica, se relacionan más los unos con los otros, tejen vínculos lentamente, establecen relaciones apaciguadas: los conflictos disminuyen. Y por esas redes lúdicas, libres, de transmisión de la literatura, los patrimonios de unos u otros circulan y se sienten vinculados con otras generaciones, otras culturas.

³⁶ Silvia Schlemenson, *El placer de criar, la riqueza de pensar*, Buenos Aires, Novedades educativas, s/f.

Más allá de su deseo de que un mayor número de personas se apropien de lo escrito, me parece que los que impulsan esos programas están profundamente comprometidos con la construcción de una sociedad más solidaria y más democrática:

“Más allá de la posibilidad de la lectura solitaria, y sin desestimarla en absoluto, nos interesa acá la lectura como actividad social de negociación de significados; la lectura como una práctica polémica, colectiva, multívoca, polifónica”,

escribió en Argentina Silvia Seoane.³⁷ Pero si muchos de esos interesados se hallan tan interesados como ella por la lectura como actividad social, también están atentos a lo que cada quien pueda encontrar su sitio propio y expresarse, en su singularidad. Atentos a que lo colectivo no aplaste al sujeto:

“Contar historias es un modo de configurar colectivos y pertenecer a ellos; un modo de constituir de forma evidente una comunidad y de conocer y reconocerse en una cultura”,

continúa Silvia Seoane y añade: “ahora bien, no se trata de que lo colectivo borre al sujeto”. Algunos de estos programas incluso se centran en la construcción de la autonomía, como los concebidos por María Inés Bogomolny, cuyo trabajo se enmarca en el Plan Nacional de Emergencia Alimentaria argentino, y se enfoca a niños menores de 5 años y a sus familias.³⁸

Me parece que una amplia gama de investigaciones podrían desarrollarse en torno a esas experiencias. Por ejemplo, tendríamos que

37 Silvia Seoane, “Tomar la palabra. Apuntes sobre oralidad y lectura”, ponencia presentada en el Postítulo de Literatura Infantil y Juvenil-CePA, Buenos Aires, 18 de septiembre de 2004.

38 Se apoya particularmente en los trabajos de Emmy Pickler, Agnès Szanto y del Instituto Lozcy, de Budapest. Cf. María Inés Bogomolny, “Salud y comunidad: pistas para pensar, leer y acompañar” <<http://www.el-libro.com.ar/15infantil/html/mariainesbogomolny.pdf>>

¿Extinción o transfiguración del lector?

determinar mejor de qué manera y en qué condiciones estas formas de lectura colectiva permiten reforzar vínculos —y cuáles—, y al mismo tiempo apuntalar —o no— la construcción de la autonomía. A este respecto, varias investigaciones hechas en Francia sobre la sociabilidad en torno al libro me han decepcionado. Pocos estudios dan una idea precisa de los distintos tipos de sociabilidad que se construyen en torno a los libros y del margen reservado a la singularidad. Ahora bien, esos tipos son muy diversos: por ejemplo, en Europa, ciertos grupos son muy cerrados y muy dados al chismorreo entre vecinos; otros, por el contrario, se muestran abiertos hacia el resto del mundo y reivindican explícitamente esta apertura, como el grupo español del que les hablé anteriormente.³⁹

La lectura solitaria, propicia a una intimidad un tanto rebelde, se opone a la lectura colectiva y edificante, por ejemplo a esas escenas evocadas por Cavallo y Chartier, en las que, en un hogar campesino, un padre de familia lee la *Biblia* a las mujeres y los niños reunidos en torno suyo, sumisos y silenciosos.⁴⁰ En cambio, no se opone forzosamente a pequeños grupos libremente constituidos, en los que se comparten tiempos de lectura y de discusión, y en los que cada quien se va después a su casa llevándose en su ensoñación trozos de páginas leídas, de palabras intercambiadas. Unos y otros dibujan espacios de libertad y a veces de resistencia, quizá contribuyendo al desarrollo de otras formas de lazo social, de espacio público, distintas de las en que se vive pegados unos con otros, cerrando filas en torno a un jefe, un campanario, un libro único. O una pantalla única.

DIFERENTES MODOS DE SIMBOLIZAR

Para generar nuevas líneas de investigación, en mi opinión hay otro aspecto en el que se debiera ahondar: la especificidad del libro. En efecto, tenemos diferentes modos de simbolizar: mediante el teatro

39 “Una experiencia literaria compartida en un pueblo español”, en Ramírez Leyva, Elsa (comp.) *Las prácticas sociales de lectura. Segundo Seminario Lectura: Pasado, presente y futuro*, 2006, pp. 81-103

40 G. Cavallo y R. Chartier, *Historia de la lectura...*, *op. cit.*, pp. 48-49.

del cuerpo, de los gestos (pensemos, por ejemplo, en el juego); con imágenes, fijas o en movimiento; o por la palabra.

Recordando su infancia, Edward Saïd escribió: “Había dos fuentes principales de historias cuyas fronteras podía ampliar: los libros y el cine”. Durante su niñez, Saïd o Chamoiseau quizá sacaban más provecho de algunas imágenes que de las palabras. Sin embargo, ambos crecieron en contextos en los cuales la importancia dada a las imágenes, y sobre todo a las imágenes en movimiento, era mucho menor que hoy.

En nuestra época, las bibliotecas se convierten en mediatecas, donde el libro sólo es un soporte entre muchos, aunque siga siendo el más consultado, por lo menos en Francia. En casi todas partes, las discusiones se encienden cuando se habla de si convendría hacerse o no un sitio particular al libro. Y para no perdernos en debates estériles, tendríamos que explorar mejor la recepción de los diferentes soportes. Los no lectores encuentran probablemente otras fuentes para mitigar su sed de relatos, de formulación, para satisfacer su deseo de representaciones externas. Pero, ¿hasta qué punto esas fuentes sustituyen al libro?

Mediante un trabajo lento, en soledad, los escritores se toman el tiempo necesario para dar significación a un acontecimiento individual o colectivo, a una experiencia, singular y compartida. Son profesionales de la observación —de ellos mismos o del mundo—, que, en proximidad con un pensamiento soñador, trabajan el lenguaje, lo limpian de clichés (los buenos escritores, al menos). Y este trabajo, psíquico y literario, tendrá resonancias en unos lectores: con frecuencia lo he mencionado, la literatura, en todas sus formas (poesía, cuentos, novelas, teatro, diarios, historietas, ensayos —siempre y cuando estén escritos, trabajados, etc.) aporta un soporte remarcable para despertar la interioridad, poner en movimiento el pensamiento, relanzar una actividad de simbolización, de construcción de sentido. Más aun cuando los lectores se apropian, bajo una forma condensada, de una fórmula luminosa; o más aun cuando descubren metáforas.

El cine también provee metáforas,⁴¹ según modalidades distintas que habría que explicitar. Por mi parte, tengo poco material sobre el

41 Por ejemplo, véase a Serge Tisseron, *Comment Hitchcock m'a guéri*, París, Albin Michel, 2003.

¿Extinción o transfiguración del lector?

tema, ya que a ese propósito, los discursos de aquéllas y aquéllos a los que escuché fueron algo vagos. Habría que disponer de análisis como el de Jean-Louis Baudry, quien observó finamente su experiencia de niño y de adolescente lector, y compara los efectos que le produjeron la lectura y el cine:

“... el libro y la película no tenían el mismo uso, ni ejercían la misma acción sobre nosotros. Aquel tenía la ventaja de estar siempre al alcance de la mano. A fuerza de retomarlo, de entrar con él en esa familiaridad que procura un trato prolongado, iba tomando ascendiente sobre nosotros sin que por ello perdiéramos el sentimiento de una libre disposición de sí mismo, mientras que la película, tan repentina como un golpe de estado, ejercía un poder tiránico pero de corta duración (...) la película tenía un poder extraño, un poder de aspiración tan fuerte que yo me sentía pegado a la pantalla como una hoja marchita a la reja de una alcantarilla (...) la película, en una realización efímera, traía la promesa de una unión con el ser de las cosas (...) las historias que había leído en aquella época, incluso Robin Hood, a cuya unidad ya había sido introducido por el cine, se dispersaban (...) en fragmentos, distintos, diversificados y reconocibles, y éstos no encajaban nunca unos en otros para ensamblarse en un cuadro único”.⁴²

Sin duda existen unas “películas-textos”, y libros a los que uno “se pega” como a una pantalla. Pero, como lo señala Baudry, la pantalla es muy cautivadora; lo visual está del lado de lo “uno” y del poder tiránico. Es difícil protegerse de ella, mientras que la lectura está más del lado de lo que se resiste al ensamblaje dentro de “un cuadro único”. Si, como lo hemos visto, la lectura contribuye a garantizar una continuidad, son los lectores quienes proceden a la labor de vinculación, a su ritmo —al menos si disponen de los medios sociales y psíquicos para esa tarea.

No levantamos la vista de una pantalla como de un libro. Y hasta ahora sólo he hablado de la pantalla de cine. “Cuando voy a buscar fresas al bosque, no tomo un cohete”, decía el director Paul Grimaud, que ha hecho películas de animación admirables. Pocas son las películas

⁴² Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture, Paris, Gallimard-haute enfance*, París, 2000, p. 60.

en las que alguien va a buscar fresas al bosque. Por no hablar de los juegos de video, que en ocasiones permiten una cierta simbolización de las emociones, pero cuyos efectos en el cuerpo son muy distintos de los de un libro. Por no hablar tampoco de la televisión, donde el mínimo instante de silencio se considera perturbador y se necesita resumir la historia de la humanidad en veinte segundos —además de que la televisión raras veces se preocupa por la historia de la humanidad, pues confina la mayor parte del tiempo a lo instantáneo, lo inmediato. No obstante, la televisión podría ser un soporte extraordinario y en ocasiones hace que descubramos personas que hablan de manera luminosa, o paisajes y rostros del otro lado del mundo, pero rara vez. Lo más frecuente es que se empeñen en vender “cerebro humano disponible” a la Coca-Cola, como lo dijo cínicamente el director de la más importante cadena de televisión francesa.

Pero mejor debiéramos pensar en cómo *pasar* de un soporte a otro, antes que en oponerlos como lo estoy haciendo. En particular con los adolescentes, pues para una parte de ellos, el lenguaje de la danza, de la composición musical, del video, del dibujo es más accesible que el del libro. Puede emplearse un medio y otro, o uno y después otro. Y en muchos programas implementados en espacios en crisis, se vinculan diferentes prácticas culturales de forma muy pragmática, ya lo mencioné. Pero ése es un tema muy amplio que bien podría ser objeto de otro seminario...

Es tiempo de concluir. Para recordar una vez más la avidez de simbolización, de representaciones que nos ocupa, citaré algunas frases de un hombre llamado Sacha Kavrous, recopiladas por la escritora rusa Svetlana Alexievitch:

“Recuerdo que después de la guerra [él tenía diez años], en nuestro pueblo sólo quedaba un abecedario, y el primer libro que encontré era una compilación de problemas de matemáticas. Leía esos problemas como habría leído poemas...”⁴³

43 Svetlana Alexievitch, *Derniers témoins*, Presses de la Renaissance, 2005, p. 106.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Citaré a otro ruso, Varlam Chalamov, el autor de los *Récits de la Kolyma*, cuando dice que

“las metáforas, la complejidad del discurso aparecen al llegar a un cierto grado de la evolución y desaparecen cuando ese grado ha sido superado en sentido inverso”.⁴⁴

¿También cabría relacionar las crisis actuales con derrumbamientos simbólicos, con que la capacidad para crear metáforas se encuentra en un callejón sin salida? Es lo que temen algunos psicoanalistas. Al estar permanentemente expuestos a imágenes saturadas de violencia que no dejan ningún espacio a la imaginación, la realidad se volvería caótica, indiferenciada. En particular la pornografía —que rechaza todo juego del deseo, cualquier segundo plano en la escenificación del acto sexual— sería según esos psicoanalistas una auténtica “máquina de guerra contra la capacidad de producir metáforas”.⁴⁵ Y en el caso de ciertas creaciones artísticas contemporáneas, particularmente en las artes plásticas, aunque también en la literatura, sería patente la decadencia del proceso de simbolización.

No sé si su lectura es excesivamente pesimista, pero en todo caso me parece importante enfocarse a lo que René Diatkine llamaba

“la persistencia de ciertos elementos discretos que aportan algo diferente y que tienen efectos considerables para el futuro del mundo: la capacidad de reflexión, la elaboración en segundo grado y una dimensión poética mantienen encendida una llamita que no se apaga y que le permite sobrevivir a la especie humana, aun cuando se halle sometida a las peores atrocidades”.

Me parece que estos efectos discretos son precisamente los que se han empeñado en suscitar quienes llevan el libro a espacios en crisis.

⁴⁴ Varlam Chalamov, *Récits de la Kolyma*, Lagrasse, Verdier, 2003.

⁴⁵ Serge Tisseron, *Les bienfaits des images*, París, Odile Jacob, 2002.

Traducción: María Cristina Hernández Escobar

¿Extinción o transfiguración del lector? Tercer Seminario Lectura: pasado, presente y futuro. La edición consta de 300 ejemplares. Cuidado de la edición, Zindy Elizabeth Rodríguez Tamayo. Formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Fue impreso en papel cultural ahuesado de 90 gr. en Producciones Editoriales Nueva Visión, ubicados en Juan A. Mateos número 20, Col. Obrera, México D.F. Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2008.